

# DE LA PIRAMIDE CLERICAL A LA PIRAMIDE ECLESIAL

El filósofo inglés Bernard Bosanquet dice en su libro *Some Suggestions in Ethics* que «no somos lo suficiente duros con la estupidez». Y tiene toda la razón.

Porque con la delicuescencia intelectual que utilizamos muchas veces nos hacemos un daño irreparable. Acabamos por autosugestionarnos con ella, y terminamos por ser nosotros también unos necios a fuerza de complacencias para ocultar la realidad.

Eso nos ocurrió a los católicos con lo que oíamos hace unos años, y —sobre todo— con lo que escuchábamos siendo ya mayores de edad, que era cuando debíamos haber discurrido en todo por cuenta propia, pero no lo hicimos. Se nos habló siempre de obediencia, sumisión y docilidad; y se nos predicó contra la soberbia del juicio propio, creando en nosotros un complejo de inferioridad so capa de virtud. Y así nos fue.

Ahora, en cambio, nos percatamos de que con nuestro silencio y aquiescencia hemos consentido que se construya una Iglesia humanamente como una grandiosa pirámide clerical primero, y después una pirámide más sutil, porque entraba el laico y unas gotas de democracia en ella: la pirámide eclesial.

Quienes tras los avatares de la vida vienen de vuelta a nuestro país, aprecian esto con mayor facilidad que los que aquí estamos bregando todos los días. Observan —como cuando citaba el otro día a Fernández de Castro, y hoy sigo haciéndolo— que la organización humana de nuestra religiosidad hispana es «absolutamente vertical». Y por eso «se tienen en pie en equilibrio difícil y en las que ninguno se encuentra cómodo», porque «si los de abajo se cansan, los de arriba corren el peligro de romperse la crisma». Estamos en este difícil momento crucial: el cansancio del pueblo y la vacilante estabilidad de los que en la Iglesia son responsables.

Por eso me alegra que, partiendo de una postura mental diferente de la mía en cuanto a creencia (pero nada distante el uno del otro en las conclusiones), se diga también lo que vengo repitiendo año tras año casi con machaconería. Así espero que de una vez oigan, los que tienen los oídos todavía demasiado sordos, frases como ésta: «Es necesario para mí desmontar en todas sus piezas la pirámide; pero no para construir otra nueva en todas sus piezas... No se trata de que la pirámide sea democrática, sino de que no haya pirámides». Nunca mejor expresado lo mismo que —creyentes o incrédulos— pensamos buen número de españoles.

Esa es la gran verdad. Hemos sido los creyentes —y todavía lo seguimos siendo— demasiado ineptos al no darnos cuenta de ello, envueltos como nos hemos visto en nuestras ingenuamente agresivas querellas intestinas de integristas y progresistas.

Por eso hemos de ser implacables —si queremos seguir siendo creyentes— en desvelar el mal allí donde esté para que, si el cristianismo es vida, de verdad lo sea sin meditaciones negativas de ninguna clase. Esa labor demoledora, que podríamos llamar incluso nihilista, resulta imprescindible porque la estupidez humana está tan arraigada en todos nosotros que nos recubre engañosamente con sus «peros» y «matices», obligándonos siempre (aunque sea inconscientemente la mayor parte de las veces) a aguar el vino de la realidad.

La primera verdad que hemos de aceptar para poder destruir esa pirámide clerical —y ahora eclesial— es que los católicos comprendamos la gran y elemental idea —casi de Perogrullo— de que no hay catolicismo sin cristianismo. Monseñor Coffy, dirigiéndose recientemente a todos los obispos franceses, reunidos en asamblea, se lo ha recordado a todos de tú a tú, para que no olviden que son ellos precisamente quienes más necesitan de este recordatorio: «No hay identificación entre Cristo y la Iglesia. Entre el primero y la segunda hay una distancia».

La segunda verdad obvia, pero muy olvidada también entre nosotros hasta hace poco, es que «todo el crédito que tenga la Iglesia depende de su fidelidad al mensaje de Jesucristo, que es un mensaje de constante apelación a la conversión» (monseñor Coffy, o. c.). Si el Papa, el obispo, el clérigo o el simple católico no recuerdan —con su ejemplo y su palabra— el mensaje evangélico, en eso no son Iglesia, no actúan como Iglesia. Si el desprendimiento no lo apreciamos en ellos, ni la autenticidad tampoco, no debemos por eso preocuparnos en demasía haciendo de ello un drama o una tragedia personal para el creyente. Lo que no es, simple-

mente hay que reconocer que no es: lo demás sería estupidez de nuestra parte. Y no debemos andar con contemplaciones con nuestra propia tentación de paliar u ocultar la realidad. Lo que hace falta es aplicar nuevamente la razón (nuestra propia razón, porque sin ella no podemos vivir), y ver de entender eso como hombres conscientes, y no como monaguillos que bailan al son de la campana que nos tocan. Que eso ya lo criticaba hace casi cuatro siglos el bondadoso francés —que no bonachón— San Francisco de Sales; que se indignaba contra los que pretendían —por una mal entendida obediencia— esperar las últimas consignas de la Santa Sede para actuar todos los días desde la hora ya del desayuno.

Si el cristianismo es una vida —y yo lo creo firmemente, pese a los propios creyentes, frecuentemente tan cerrados— nunca podremos «transformar el Evangelio, que es gracia, en leyes», porque es «fundamentalmente un recibir y una vida» (monseñor Coffy).

Por eso mismo estoy conforme con la frase de monseñor Jubany, en su entrada como nuevo arzobispo de Barcelona: «Los obispos, realizadores de la unidad y la paz, no autoritarios». No, no pueden ni deben ser autoritarios. Esa idea no está ni en el Evangelio, ni en la pedagogía. Y si la Iglesia pretende educarnos en el cristianismo, la educación que dé tiene que ser participadora, activa y nada autoritaria.

La misma palabra «jerarquía» es inadecuada y bien poco en consonancia con el clima y lenguaje del Nuevo Testamento, donde por ningún lado encontramos ese término. Lo mismo que tampoco se encuentra el autoritarismo en los libros sagrados del cristianismo, por más que busca tal concepto el excelente escritor católico, padre J. L. Mac Kenzie, en su libro *La autoridad en la Iglesia*.

Pero siendo importante esto, no es lo más importante. Lo más decisivo es hacerlo y no sólo decirlo: y eso esperamos de la Iglesia española en su conjunto, si quiere ser algo en la historia auténtica del cristianismo. Porque lo que resulta más difícil a los católicos es perder el afán autoritario. Ayer, para imponer los obispos su poder a golpe de báculo o los clérigos su clericalismo derechista, y hoy, para imponer los curas o los fieles, sus propias ideas humanas —retrógradas o avanzadas— en nombre de la religión. Y, sin embargo, nada de esto se encuentra en el Evangelio, porque «el cristianismo no es una ideología, ni siquiera una cultura, sino un fermento» (monseñor Coffy, o. c.). Fermento que puede y debe coincidir con todo lo que sea vital y progresivo ciertamente, pero no imponerlo a golpe de campanilla.

Esta es la verdad, y hay que decirlo a los cuatro vientos, guste o no guste, agrade o no agrade.

Lo malo es que estas verdades elementales sean tan difíciles de penetrar en las mentes católicas y las tengamos que estar escuchando encarnadas en las propias vidas de aquellos que no son ya creyentes y antes, sin embargo, lo fueron. Y no lo son ya porque un día se destapó el velo que cubría sus ojos y empezaron a ver la negra realidad (dejaron de ser «estúpidos», como dice el filósofo Bosanquet), y no les dimos —el conjunto de los que seguimos siendo creyentes— ningún motivo de reflexión profunda ni de testimonio suficientemente auténtico.

Sin duda, los creyentes somos imperfectos, y eso no podemos olvidarlo. Pero la imperfección no debe llegar a desvirtuación, como —por desgracia— ocurre muy a menudo.

Hace unos días, otra voz de un antiguo practicante católico podía leerse igualmente en el número 100 de la revista *Cuadernos para el diálogo*: allí, Joaquín León hacía una confesión, en su artículo «Palabra de hombre», que levantará ampollas, sin duda, a los oídos católicos, porque son verdades negativas experimentadas y vividas que en un tiempo de su vida le impidieron seguir aceptando la religión enseñada. Y no fueron causa de ello teorías ni reacciones infantiles, sino maduras actitudes que nosotros los creyentes —clérigos, obispos o seglares— no supimos promover.

Lo mismo pude escuchar en el coloquio después de la presentación, por el inteligente maestro Sainz Rodríguez, del libro de Jesús Aguirre, *Sermones en España*. José Vidal, en el diálogo que siguió, nos echaba en cara —con toda razón— que antes poníamos la pesada losa del clericalismo sobre los hombros de los españoles, y hoy hemos inventado al «laico» para seguir con él presionando igual.

A ver cuándo llega el día, en nuestro país, que el cristiano sea nada más que uno entre muchos, y no la eterna pirámide, ayer clerical y hoy eclesial, que todavía perdura.

MIRET MAGDALENA